

Páramo del ciudadano

1. El Blanqueo de Chile²⁶

a. Olvido

Un elemento decisivo del Chile Actual es la compulsión al olvido. El bloqueo de la memoria es una situación repetida en sociedades que vivieron experiencias límites. En ellas esta negación respecto al pasado genera la pérdida del discurso, la dificultad del habla. Existe una carencia de palabras comunes para nombrar lo vivido. Trauma para unos, victoria para otros. Una imposibilidad de comunicarse sobre algo que se denomina de manera antagónica: golpe, pronunciamiento; gobierno militar, dictadura; bien de Chile, catástrofe de Chile.

Se trata de una negación socialmente determinada, que da lugar a diferentes resonancias individuales, que son ecos de experiencias colectivas, pero resignificadas por psiquis particulares, colocadas en "posiciones" diversas y determinadas.

Para algunos, a veces las propias víctimas, olvidar es vivido como el descanso, la paz después de largos años de tensión, la seguridad después de tanta incertidumbre. El calor seguro de un hogar después de una larga caminata a la intemperie.

Un remanso. ¿Qué sentido tendría revivir el dolor? ¿reponer a cada instante la pesadilla? ¿Para qué reinstalar un tema que divide y produce hastío, a veces miedo, en personas sobresaturadas de luto y lágrimas?

Para otros, para muchos de los convertidos que hoy hacen carrera por algunas de las pistas del sistema, el olvido representa el síntoma oscuro del remordimiento de una vida negada, que empaña el sentido de la vida nueva. Ese olvido es un recurso de protección ante recurados lacerantes, percibidos por instantes como pesadillas, reminiscencias fantasmales de lo vivido. Es un olvido que se entrecruza con la culpa de olvidar. Una vergüenza, no nombrada e indecible, por la infidelidad hacia otros y hacia la propia vida, la vergüenza de la connivencia y de la convivencia. Es ese pequeño instante en la noche, después de la cena con los generales, cuando un relámpago que aclara los contornos de la conciencia, deja al senador en la melancolía, en el insomnio.

La sensación de un presente que obliga, como destino inexorable, a restar sentido al pasado, a experiencias de vida situadas en los límites, no solamente asedia al senador insomne. Esta referencia constituye el relato retórico de una insatisfacción mucho más generalizada. Esta necesidad socialmente modelada no encuentra con frecuencia las palabras, muchas veces no tiene logos. Se expresa, sin embargo, con silenciosa elocuencia bajo las formas de la depresión, la desesperanza, el fatalismo, la sensación de ahistoricidad de la historia que, en el Chile Actual, son las compañías mudas de la euforia, el exitismo, la competitividad y la creatividad mercantil.

Junto a la negación dolorosa, al remordimiento, a la contradicción que en muchos impiden la integración de pasado y presente, está la negación estratégica de la "razón de Estado". Ese es el campo de los silencios planificados, pactados, ofrecidos como sacrificios para contener las supuestas iras del Patriarca.

²⁶ BAUDRILLARD, Jean: *La ilusión del fin o la huelga de los acontecimientos*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1993.

La llamada transición ha operado como un sistema de trueques: la estabilidad, se dijo, tiene que ser comprada por el silencio. Pero creo que se trató de una trampa de la astucia. Las negociaciones parecieron realizadas, especialmente durante el gobierno de Aylwin, bajo el imperio de temor, como si estuvieran inspiradas por una táctica de apaciguamiento. Pienso que el sentimiento de miedo existió efectivamente en la masa, en los ciudadanos comunes. Pero la elite decisora actuó inspirada por otra estrategia, la del “blanqueo” de Chile. Estuvo movida por un realismo frío y soberbio, carente de remordimientos porque decía (¿o creía?) interpretar el “bien común”, la necesidad de Chile.

Esa estrategia se basaba, más que en el temor, en la complicidad con el proyecto. Pero tomaba el miedo –fantasma latente, atavismo de los hombres comunes– como justificación. Lo que en realidad se buscaba era resituarse a Chile, construirlo como país confiable y válido, el Modelo, la Transición Perfecta. Para ello era necesaria la cirugía plástica, la operación transexual que convirtió al Dictador en el Patriarca.

Extraña palabra, ¿pero qué otra cosa es hoy día Pinochet, esa cosificación casi pétrea del poder, por encima de la ley y de las circunstancias? El Factotum, el que sigue manejando la política desde las sombras. Un poder naturalizado, rodeado de solemnidad por amigos y enemigos. Alguien, que nació de la traición pero que ha sido enaltecido hasta la gracia. Surgió de una doble traición. La de la simulación cortesana, que le permitió llegar a Comandante en Jefe durante el mandato de Allende, asumiendo el papel del más fiel entre los fieles. La de la barbarie, la de consentir el asesinato brutal del antecesor del General Prats. Doble parricidio.

Se le ha otorgado no sólo el perdón sino la majestad: habla rodeado de pompa, de la pompa republicana y democrática, en nombre del honor y de la lealtad, porque le ha sido permitido el simulacro de las “manos limpias”. Legitimado por los nuevos poderes, blanqueado. Símbolo por excelencia del recuerdo que fuerza al olvido. He aquí, en toda su magnitud, la capacidad metamorfoseadora del poder, capaz de justificar todos los crímenes como razones de Estado, capaz de borrar la distinción absoluta que debe separar la crueldad estatal de cualquier otro vicio o error humano.

Para que Chile pudiera ser el modelo, la demostración de que un neocapitalismo “maduro” podía transitar a la democracia, su medio natural (y desde allí crecer-jaguar-y-puma) era necesario el blanqueo de Chile. Eso requería que Pinochet, el símbolo por excelencia del régimen militar, el conductor, no sólo no fuera el responsable de la suciedad y de la sangre. También se requería que los otros reconocieran la necesidad de su papel en el Chile Actual. El déspota debía convertirse en hombre providencial.

De ese modo El realizaba la unidad de todas las contradicciones: era quien preservaba a los militares del deshonor y quien hacía posible la paz de la transición. Pinochet impedía su repetición, el surgimiento de Pinochet-el-nuevo.

b. El iceberg, escultura del blanqueo²⁷

El ícono, la figura simbólica de este blanqueo, fue el iceberg. Como una gigantesca ballena petrificada fue traído desde los mares antárticos para ser en Sevilla la representación del Chile Actual. El iceberg fue la escultura de nuestra metamorfosis. El iceberg estableció ante los ojos del mundo la transparencia del Chile Actual. Todas las

²⁷ Aunque mi interés es interpretar el iceberg como metáfora y no dar cuenta de la discusión que suscitó, me parece útil ver PINEDO, Javier: “Una metáfora de país: una discusión en torno a la presencia de Chile en el Pabellón Sevilla 92”, en OSSANDON, Carlos (compilador), *Ensayismo y modernidad en América Latina. Homenaje a Mario Berrios*, LOM-ARCIS, Santiago, Chile, 1996.

huellas de la sangre, de existir, estaban cristalizadas en un azul profundo. Los tormentos, de existir, eran ahora las velas blancas del hielo.

Durante mucho tiempo creímos que el iceberg era un ingenioso dispositivo destinado a compararnos con la modernidad del Norte. Nos presentaba como una perfecta mimesis de Ámsterdam o de Estocolmo, ciudades de la eficiencia porque era ciudades del frío (ajenas a la pérdida de la siesta), cuna de finas tecnologías, capaces de mantener intacto al iceberg en el caluroso estío andaluz. El témpano que atravesó las llanuras del Betis: Ortega y Gasset había profetizado en *La Rebelión de la Masas*, la extraña osadía del Chile Actual²⁸.

Pero el significado del iceberg no se agotaba en el gesto mercantil. No era sólo una estratagema en la cual el vendedor hacía gala de su juego de abalorios. Tampoco era sólo la puesta en escena de un distanciamiento de América Latina. El significante permitía esos significados, pero otro, el menos evidente, era el principal. El iceberg significaba el estreno en sociedad del Chile Nuevo, limpiado, sanitizado, purificado por la larga travesía del mar. En el iceberg no había huella alguna de sangre, de desaparecidos. No esta ni la sombra de Pinochet. Era como si Chile acabara de nacer. No lo ojos adiestrados de un geólogo, para qué decir de un arqueólogo²⁹, podrían haber distinguido el sufrimiento acumulado, las huellas imborrables, en la luminosa belleza del hielo petrificado.

El iceberg fue un exitoso signo, arquitectura de la transparencia y de la limpieza, donde lo dañado se había transfigurado. La sangre seca, los dolores sin término de los que esperan a los desaparecidos, los gemidos de los torturados, los remordimientos de los obligados a traicionar, la nostalgia de los exiliados, el gris dolor de las miles de personas dejadas sin trabajo y sin poder encontrarlo de nuevo por años, todo aquello se había metabolizado en el hielo purísimo. Para descubrir las huellas y confirmar lo escuchado, el geólogo hubiese debido destruir el iceberg. Pero nada hubiera encontrado porque era un simulacro y no una cáscara que escondía a Pinochet adentro³⁰.

c. Las razones de Estado

La principal fuente de olvido es el blanqueo promovido desde las alturas, una paletada de concreto venida de arriba y que sepulta la memoria vacilante. En esa operación confluyeron distintas razones de Estado, redes entretrejidas por actores diferentes, todos enlazados por el gran objetivo de asegurar y orquestar las nupcias ejemplares entre la neodemocracia y el neocapitalismo.

El blanqueo fue y es la gran empresa de esas razones de Estado. Se trata de un diversificado conjunto de operaciones cuyo objetivo ha sido imponer la convicción y el sentimiento de que para Chile la convivencia de pasado y futuro son incompatibles. Que es necesario renunciar al pasado por el futuro, a menos que se desee caer en la lógica angustiada de la repetición.

²⁸ Efectivamente en el libro citado Ortega y Gasset dice, comentando la planetarización de las comunicaciones y del horizonte de vida del hombre común: "Hace poco más de un año, los sevillanos seguían, hora por hora, en sus periódicos populares, lo que estaba pasando a unos hombres junto al Polo; es decir sobre el fondo ardiente de la campiña bética pasaban témpanos a la deriva", ORTEGA Y GASSET, José: *La rebelión de las masas*, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1989, p. 78.

²⁹ El juego entre geólogo arqueólogo está tomado, como es obvio, de Foucault. Sobre la diferencia entre uno y otro para Foucault ver ERIBON, Didier: *Michel Foucault et ses contemporains*, Editions Fayard, París, Francia, 1994.

³⁰ Ver "Número especial de Humor", en *Revista Aspi*, N° 424, mayo de 1992. Allí se recoge un brillante chiste gráfico sobre Pinochet y el iceberg.

Las razones de Estado son el núcleo argumental de los operativos estratégicos, distintos pero confluyentes³¹, destinados a activar la operación Blanqueo, con sus dos objetivos sincronizados, Chile Moderno y Pinochet Necesario.

Pinochet Necesario: para los militares porque salva su honor, los preserva de las “humillaciones” y, especialmente, de sus responsabilidades. Pinochet Necesario: para la transición porque, sin él, (se dice) las fieras dormidas despertarían, el león sordo interrumpiría el concierto de los violines que cantan glorias al Modelo.

Porque todo gira en torno al Modelo, a Chile Modelo. Un país surgido de la matriz sangrienta de la revolución, pero que se purifica al celebrar sus nupcias con la democracia. El casorio hace las veces del bautizo que borra el pecado original y le otorga a Chile la majestad de su gloria. Con las nupcias, Chile queda sin mácula y transita de la violencia al consenso.

Las razones de Estado juegan con la inocencia de los hombres comunes. Manipulan los espantapájaros del miedo para que la memoria triture los recuerdos. Para que los hombres comunes sientan hastío ante el recuerdo, que amenaza romper la paz cotidiana. Pero esos recuerdos bloqueados seguirán bajo la superficie realizando su daño sordo. Las heridas están localizadas en el inconsciente del Chile Actual.

2. El consenso

El consenso es la etapa superior del olvido. ¿Qué se conmemora con sus constantes celebraciones? Nada menos que la presunta desaparición de las divergencias respecto de los fines. O sea la confusión de los idiomas, el olvido del lenguaje propio, la adopción del léxico ajeno, la renuncia al discurso con que la oposición había hablado: el lenguaje de la profundización de la democracia y del rechazo del neoliberalismo.

Consenso es la enunciación de la supuesta, de la imaginaria armonía. Los desacuerdos respecto a las características del desarrollo socioeconómico impuesto por la dictadura militar aparecen desvaneciéndose, desde el momento mismo que la banda presidencial pasó de las manos de Pinochet a las de Aylwin. Es la enunciación de que el problema del capitalismo pinochetista era Pinochet en el gobierno.

El consenso es un acto fundador del Chile Actual. La Constitución, la producción de ese Chile venía de lejos. Pero la declaración del consenso manifiesta discursivamente la decisión del olvido absoluto. De olvidarlo todo, también lo que se había pensado y escrito sobre el Chile pinochetista.

El anuncio y continua glorificación del consenso, la gran novedad del Chile Actual, tiene estrecha relación con las estrategias de blanqueo, con la construcción de la imagen del Chile Modelo. Forma parte de la fabricación de un montaje, el del milagro de Chile. Ese milagro consiste en la demostración de que se podía pasar de la desconfianza y de la odiosidad del período de la lucha, al acuerdo perfecto de la transición. Todas las elites, con la notoria excepción de algunas pocas “cabezas calientes”, habrían actuado en estado de gracia, inspirados por la razón. Se ubicaron –se dice– en “la realidad”, en la aceptación de las restricciones históricas. En verdad se ubicaron en lo que ellos, los fundadores del Chile Actual, denominaron siempre, desde 1975 o incluso antes, lo racional. Lo mismo que nosotros, combatimos como obra de Pinochet.

El consenso es la resultante de una mimesis, de la desaparición del Nosotros en el Ellos. No es entonces una estrategia de ajuste del deseo al principio de realidad.

³¹ Fueron puestos en acción por los militares y los empresarios como por la propia alianza gobernante post-autoritaria.

Constituye un reconocimiento de culpa, la declaración de la irracionalidad y el utopismo de nuestros deseos esenciales del pasado, para reconocer que en la sociedad de Pinochet existieron núcleos racionales básicos. Estos eran la economía y la estructura social y una sola mancha –nada más que “enclave”– las instituciones políticas. Los fines de la economía sólo requieren (se dijo) de ajustes, de cambios pequeños, mínimos. La única zona de cambios debía ser el sistema político.

Para elaborar esta noción de consenso hay que romper con cualquier noción de totalidad. Debe dejarse de lado la tesis de que en la sociedad pinochetista las partes estaban fundidas en una unidad. Debe abandonarse la idea básica de que no era posible reproducir la economía y la estructura social sin resentir la política democrática.

Entonces, el consenso consiste en la homogeneización. Como se ha dicho, implica la desaparición del Otro³², a través de la fagocitación del Nosotros por el Ellos. La política ya no existe más como luchas de alternativas, como historicidad, existe sólo como historia de las pequeñas variaciones, ajustes, cambios en aspectos que no comprometan la dinámica global.

En una primera mirada, el consenso aparece como una resultante de una sociedad atemorizada, donde la simulación de acuerdos es una condición de sobrevivencia en un mundo de divisiones reales, vivas, activas. Pero el miedo, si bien sobrevivía, es usado por los “hommes d’Etat” como un fantasma, una marioneta de “efectos especiales”. Existía, pero los estrategas de las razones de Estado lo usaron como un recurso para conseguir olvido y desmovilización, las condiciones ideales de una transición paradigmática.

Ya existía una sociedad aplastada, traumada. En vez de activarla, de hacerla nacer, se usó la estrategia de fomentar el temor regresivo, de condenar como irracional cualquier divergencia. De estigmatizarla como un pecado contra lo real, por tanto contra la sobrevivencia de una transición precaria.

El consenso se convirtió en una conminación al silencio. Romperlo significaba situarse en un terreno dramático, cuya violación sería atentar contra el proceso, dañarlo. Se utiliza la sensación de precariedad existente entre los hombres comunes como arma política intimidatoria. Esa precariedad fue melodramatizada, contrastando los más mínimos éxitos contra los presagios catastróficos. De ese modo todo fue vivido como un gran triunfo. Se está ante una estrategia sibilina para convertir la necesidad en virtud.

En la realidad política efectiva el consenso consistió en realizar una política destinada a seducir a los empresarios, a los militares, a la derecha. El esfuerzo del consenso tiene su plena recompensa cuando Allamand dice: “Foxley y Ominami hubiesen sido excelentes ministros del gobierno militar”, o cuando se le atribuye a Pinochet la frase: “De haber conocido al ministro Correa lo hubiera nombrado en mi gabinete”. La política del consenso está dirigida en realidad a eso. Es un esfuerzo por conseguir de los empresarios y de la derecha certificados de buena conducta. Si se consiguen de Pinochet tanto mejor, representa la gloria.

En verdad, se puede convenir que para la estrategia de la Concertación y para el gobierno inaugural de Aylwin, esas certificaciones era indispensables. ¿Por qué? Porque en el terreno socioeconómico se aplicó una política similar a la de Büchi, lo cual requería cumplir con ciertas condiciones para asegurar la reproducción. Entre ellas se requería la conquista del empresariado, desconfiado por los antiguos alardes de algunos personeros de gobierno y por la presencia de ministros socialistas en la conducción económica. Constituía una operación básica conseguir que los agentes económicos mantuvieran su

³² Me refiero al artículo de EDWARDS, Paula y MUNIZAGA, Giselle: “Liberalismo y consenso: la ausencia de adversarios”, en revista *Foro 2000*, N° 1, 1991.

confianza. Como muestran Offe y Block, ciertas lógicas estructurales de reproductibilidad condicionan, casi obligan a los gobiernos, por encima de sus creencias ideológicas³³.

En el caso chileno la reproductibilidad (mantención con pequeños cambios de la política económica del gobierno militar) necesitaba de esa apariencia que era el consenso. Esto porque el cálculo político estaba determinado por las restricciones institucionales existentes, para decidir cualquier cambio que necesitara legalización.

Esa situación de bloqueo era la resultante del “encierro institucional”, de haber negociado la entrada en una “jaula de hierro”, lo que restringía absolutamente el campo de la historicidad. Como no había otra opción que la reproductibilidad era necesario organizar esa operación de simulación que fue el consenso. Digo simulación porque la noción de consenso estaba destinada a conseguir, por parte de los trabajadores y de la izquierda, la aceptación de la política de cambios mínimos como si fueran un sacrificio de la reinauguración democrática, como una especie de tributo temporal. Pero no era así. En el futuro, todo hace presagiar, tampoco será posible negociar reestructuraciones de las relaciones capital/trabajo. Operará la ley de hierro de la disputa por la competitividad, tal como es interpretada por los empresarios, el nuevo sujeto de la historia.

En realidad tras la noción de consenso, extraída de las teorías contractualistas, se quiere opacar una realidad, la ausencia de historicidad, mientras no se haga trizas o caduque el marco institucional. En verdad se está ocultando el futuro petrificado, la historia como repetición marginalmente mejorada del sistema socioeconómico del capitalismo globalizado. La historia como repetición de Pinochet, una sociedad cuya forma idiosincrásica (no pasajera) mezcla inserción en el mercado-mundo, acceso a tecnologías de punta, pobreza y precarización del empleo compensada por la masificación crediticia.

Un sociedad donde el movimiento obrero no es más un factor decisivo de poder, como en los esquemas populistas, donde la tendencia a la flexibilización de las relaciones laborales es y será creciente. Esto es, una sociedad donde es y será cada vez mayor el debilitamiento de las restricciones legales que todavía maniatan el funcionamiento del libre mercado de trabajo. Las relaciones capital/trabajo tienden y tenderán cada vez más a organizarse como relaciones entre patrones e individuos asalariados. Las formaciones colectivas de asalariados son y serán cada vez más deslegitimadas, como provocadoras del funcionamiento imperfecto del mercado laboral, como “monopolios”.

Por último, un tema tan inevitable como desgraciado: lo que algunos denominan, la “conversión” en liberales-socialcristianos o en liberales-socialistas de una parte importante de los intelectuales democráticos de los años 80³⁴. La reestructuración de sus discursos revela que la política del consenso no corresponde sólo al apaciguamiento de militares o empresarios temerosos, sino al viraje de esos políticos hacia un nuevo campo cultural, para entrar al cual había que abandonar la mochila con las promesas de reestructuración social. La noción de profundización democrática se volatilizó antes que el Muro de Berlín.

Efectivamente, leer a Eugenio Tirón en este momento del Chile Actual es enfrentarse a su propia caricatura. Los artículos parecen escritos por un Tirón despiadado consigo

³³ Ver OFFE, Claus: *Contradicciones en el Estado Bienestar*, Alianza Editorial, Madrid, España, 1991; BLOCK, Fred: “La clase dominante no gobierna. Notas sobre la teoría marxista del Estado”, en *En Teoría* N° 6, Madrid, España, 1981.

³⁴ Digo que se trata de un tema desgraciado porque puede convertirse en una “caza de brujas” inversa pero tan maniquea como la de Mc Carthy en Estados Unidos. Por otra parte, los intelectuales siempre cambian, puesto que se modifican los campos culturales o la historia. Cambiar es un derecho. Pero está claro que las modificaciones de enfoque de intelectuales-políticos tan importantes como Foxley, Ominami o Tirón fueron decisivas en la construcción del discurso del consenso. Ver PETRAS, James y LEIVA, Fernando: *Democracy and poverty in Chile*, Westview Press, Nueva York, Estados Unidos, 1994, especialmente el capítulo 4.

mismo que se burla de su imagen de progresista y se ríe de su pasado. Lean, por ejemplo, “Sacarle punta al lápiz”³⁵.

En él defiende, discutiendo con el social-conservador Gonzalo Vial, las ilusiones neoliberales “in toto”. Por supuesto que está de acuerdo con él en lo obvio, que los pobres no deben ser excluidos de la educación. Pero al contrario de su contradictor está convencido de que lo que llama “la cultura económica moderna” (mercantilización y competitividad) tiene amplia aceptación y constituye la panacea de Chile. Para ilustrar su tesis relata unos cuentos pintorescos sobre empresarios acereros que se sienten capaces de penetrar cualquier mercado externo, porque “saben sacarle punta al lápiz”. Sospecho que hasta yo se la sacaría, contando con un sacapuntas eléctrico.

Sin embargo este trajinado publicista del libre-mercado fue un importante intelectual de los años '80. Escribió libros tan significativos como *La Torre de Babel*, *El liberalismo real* o *Los silencios de la revolución*, contundente respuesta al eufórico Joaquín Lavín.

Por ejemplo, Tironi en *La Torre de Babel* critica la concepción economicista del consenso de Foxley. Ubica al consenso como una propiedad de la política, esto es como una capacidad de producción ideológica o legitimadora y no como un acuerdo sobre fines de carácter socioeconómico. Foxley, inspirado en los pactos corporativos europeos, ya pensaba en 1984 en una reproducción chilena de los acuerdos de La Moncloa, o sea, en soluciones consociativas³⁶. Mientras, Tironi seguía creyendo en una “democratización democratizadora”. La restauración de la democracia no podía restringirse a la mera formalidad electoral, requería modificar a fondo la sociedad pinochetista³⁷.

Pero Foxley, a su vez, realiza en *Los experimentos neoliberales en América Latina*, una crítica global de ese tipo de experiencias, llegando a afirmar que no constituían una opción de desarrollo ni de crecimiento sostenido. Esta sepultación, con un tono aún más catastrófico, la repite en 1985 en *Para una democracia estable*. Acusa a la política monetarista de destrucción del aparato productivo y de hundir a la economía chilena en una crisis de tal magnitud, que para salir de ella se necesitaría de un “nuevo contrato social”³⁸. Si se toma el término en serio significaría redefinir tanto políticas como finalidades sociales, para rehacer una nación fracturada. Foxley anunciaba la necesidad de reconstruir una comunidad, algo imposible con la política excluyente de los neoliberales. Sería necesario establecer un nuevo pacto fundante, un cambio decisivo. No se trataba de un mero traspaso del mando gubernamental, se trataba de una reconstrucción de Chile. Foxley 1985 dixit.

Sigo la revisión. Como lo señala expresamente Brunner en el mejor de sus libros, el autoritarismo no provenía de las perversidades psicológicas de ciertos actores, de sus voluntades indeterminadas. Inspirándose en Foucault veía la cultura autoritaria como un modo de disciplinamiento para el despliegue del neocapitalismo y sus instituciones³⁹. El mercado aparece analizado allí como el “complemento ideal de una sociedad disciplinaria”. El individuo del mercado es un estratega utilitario que vive en el cálculo perpetuo entre costos y beneficios, disciplinado por el dinero. Ese Brunner de antaño ha sido reemplazado por el fervoroso señalizador de nuestra modernidad⁴⁰.

³⁵ TIRÓN, Eugenio: “Sacarle punta al lápiz”, en revista *Qué pasa*, 11 de agosto de 1996, p. 27.

³⁶ Las soluciones consociativas fueron desarrolladas, entre otros, por LIJPARDT y ARENDT: *Democracy in plural societies. A comparative exploration*, Yale University Press, New Haven, 1980.

³⁷ TIRONI, Eugenio: *La Torre de Babel. Ensayos de crítica y renovación política*, Ediciones Sur, Santiago de Chile, 1984.

³⁸ FOXLEY, Alejandro: *Los experimentos neoliberales en América Latina*, Ediciones CIEPALN, Santiago de Chile, 1984, y *Para una democracia estable. Economía y política*, Editorial Aconcagua, Santiago de Chile, 1985.

³⁹ BRUNER, José Joaquín: *La cultura autoritaria*, Ediciones FLACSO, Santiago de Chile, 1983.

⁴⁰ BRUNER, José Joaquín: *Bienvenido a la modernidad*, Editorial Dolmen, Santiago de Chile, 1995.

Se podrían multiplicar los ejemplos hasta el infinito. Pero no tiene sentido. El fondo de la cuestión no es la conversión de los intelectuales en cuanto individuos. Es el despliegue de un dispositivo donde se articulan intencionalidades individuales o grupales con restricciones históricas o estructurales. Lo que tiene eficacia es la conexión no fortuita entre condiciones del campo político-cultural y los cambios individuales. Por ello, el asunto no puede interpretarse en la perspectiva atomista de los individuos, como si el eje explicativo fueran los cambios analíticos de Tironi o de Foxley.

El eje se sitúa en otro lugar. Consiste en la constitución, lenta y discontinua, de una estrategia común de las fuerzas opositoras. Ella derivó en la decisión colectiva de plantearse como alternativa de gobierno bajo ciertas condiciones. Estas condiciones son las de una fuerte restricción de la historicidad, que conduce a los cambios minimalistas, a la reproducción con ajustes. Pero no había otro camino, porque se opta por un objetivo, una finalidad. Se decide gobernar sabiendo de antemano que las posibilidades de cambio dependían de los adversarios, es decir que ellas eran casi iguales a cero, o que por mucho tiempo ellas estarán determinadas por los cálculos estratégicos de otros.

Debe decirse, en el principio estuvo la pasión de gobernar, la pasión por un poder que es el remedo del poder. Esta fue la lógica estructurante. Pero, ¿existía otra posibilidad? Nunca la historia se presenta como un camino ciego. Las alternativas dependen de las finalidades y de las expectativas de costos que se está dispuesto a asumir.

3. La democracia actual como “jaula de hierro”

La concepción criolla de la “modernización política” tiene una resonancia hobbesiana, la de un orden impuesto por la amenaza del caos. Nuestra “democracia moderna” se fundamenta a través de esta serie concatenada de proposiciones: a) en el principio era el caos del Estado demo-populista, b) ese caos fue la consecuencia de la política “decisionista”, es decir voluntarista, que no se autolimitaba por criterios de realidad, de factibilidad, criterios duros, sino creía que podría usar sin riesgos los criterios blandos de la voluntad popular o del resultado de luchas de intereses, no sujetas a un principio superior, c) por ello es menester que las decisiones sobre los intercambios económicos sean adoptadas a través de un mecanismo automático, el del mercado y, por lo mismo, es menester que la política esté subordinada a la economía, que la “soberanía”, la capacidad decisoria, sea transferida al mercado, a los datos duros del “equilibrio general” y d) para evitar el caos, al cual siempre se puede retornar, se debe considerar el contrato constitutivo como racional-naturalizado, un consenso eterno, inmodificable porque refleja la naturaleza, el orden debido.

Esta idea criolla de la “democracia moderna” contradice en la médula a las teorías democráticas de carácter sustantivo. Ella se hace pasar por procedimental, en el sentido que las decisiones políticas deberían producirse de manera análoga que en el mercado. De ellas debería eliminarse tanto la subjetividad (entendida como intencionalidad) como la consideración de la racionalidad sustantiva. Lo propio de un mercado ajustado, de una competencia que frena las intervenciones voluntaristas o decisionistas, es que el precio resulta de la intersección entre oferta y demanda y que esta medida de valor arriesga no ser idéntica ni a los costos de producción asumidos ni a los deseos o proyectos de ganancia de los factores de producción implicados. El mercado perfecto, como la metáfora de la justicia, sería ciego.

En el discurso en la actualidad predominante de fundamentación de lo político, la sociedad es concebida como un estadio o estado definitivo, privado de historicidad, proveniente de una especie de “pacto atávico”. La historicidad representaría la amenaza del retorno al comienzo caótico, superado por el “pacto consensual”. Esta idea

hegemónica de historicidad es abiertamente paradójica. Concibe al Chile Actual modernizado como una sociedad globalizada, por tanto en proceso de cambios constantes, adaptativos respecto al movimiento perpetuo de los mercados múltiples. La constante superación de las tecnologías, la destrucción de los parroquialismos, la erosión de los estrechos límites de los Estados-nacionales, la expansión obligada de la mirada desde nuestro ombligo hacia el mundo globalizado, implica un constante dinamismo. Pero todas esas modificaciones, innovaciones y cambios caben en el marco del “modo de producción” actual, en el espacio del capitalismo globalizado / postfordista / democrático-tecnificado. Se trataría, entonces, de una sociedad móvil pero sin historicidad.

El cambio es pura expansión y nunca transformación. Esta última no se plantea como una “tarea de la humanidad” ya que las categorías de explotación / alineación / dominación han sido eliminadas de la discursividad imperante, por tanto han desaparecido en las tinieblas del olvido. Si se acepta esta desaparición no hay capacidad de una verdadera crítica política, porque para hacerla se requiere de parámetros. Por ello no es extraño que el cuestionamiento de la democracia actual no llegue a fondo.

Para hacerlo hay que desnudar el simulacro de la democracia procedimental. Esa caracterización es tan burdamente ideológica que se hace difícil entender su arraigo, a menos que se le otorgue al término simulacro su significación más teórica. En realidad, todo el que observa sin anteojeras, debería darse cuenta que la democracia existente en el Chile Actual es sustantiva. Su sustantividad consiste en garantizar la reproducción de un orden social basado en la propiedad y la ganancia privadas, la limitación de la acción colectiva de los asalariados y la tutela militar en política. Pero mirar sin anteojeras es imposible. Solamente partiendo desde aquí adquiere interés describir las instituciones de la “democracia protegida”, los mecanismos de la “jaula de hierro”.

La metáfora de “jaula de hierro” se aplica a un dispositivo constituido por dos elementos principales: leyes políticas de rango constitucional, elaboradas entre 1977 y 1989⁴¹, y un sistema de partidos, que se fue formando desde 1983⁴². El objetivo de esa instalación es preservar al neocapitalismo de los avatares e incertidumbres de la democracia. Constituye la forma actualizada de la “democracia protegida”, la última de sus apariciones y la más significativa, porque es la factual, la existente. Ha sido la que ha permitido culminar exitosamente el transformismo, esto es la sobrevivencia del neocapitalismo de Pinochet en la democracia actual.

Es indispensable, antes de describir las partes del dispositivo en vigencia, hablar de la utopía, de la idea-límite de la “democracia protegida”. Esta consiste en la despolitización de los sistemas de decisiones. La norma legislativa es concebida como una producción totalmente ajena a la política, por tanto a la configuración de haces de fuerza, a los compromisos adoptados en función de movilizaciones, demandas, precisiones. Es pensada como producción técnico-científica, resultante del hermanamiento del Poder jurídico y del Poder cognitivo o Saber. Esta política / reino de la razón, debería ser la antípoda de la política / voluntad popular de la democracia de masas, dado que ésta sólo puede ser una voluntad-promedio, constituida por criterios de contingencia y asediada por la contaminación de intereses particulares en lucha.

La idea-límite de la “democracia protegida” se encuentra en el sistema político de Hayek, en el cual gobiernan la razón y la virtud. Como es obvio para Hayek estas dimensiones no son elaboraciones indeterminadas, es decir resultante de la deliberación, de la constitución de la voluntad popular. Son preconstituidas. Hayek pone a la libertad económica como elemento esencial de la vida social y a la libertad política como condicionada. La idea de democracia protegida, desarrollada en diferentes momentos por

⁴¹ Cuyo proceso de constitución estudiaremos con detalle en la Tercera Parte.

⁴² También su “genealogía” será analizada en la Tercera Parte.

los ideólogos del régimen militar, es una adaptación histórica que tiene como referencia el sistema político de Hayek, para el cual la racionalidad suprema se encuentra en el capitalismo liberal. Por eso la Constitución del '80 conserva, adecuándolo a condiciones históricas de posibilidad, un sistema decisorio destinado a asegurar la reproductibilidad de los fines racionales que se materializaron en la estructura socioeconómica creada durante la dictadura de Pinochet.

Los únicos cambios significativos aportados por la transición están concentrados en lo político. No son pocos, en realidad. Es muy importante que en vez de un régimen con monopolio del poder jurídico, control de los medios de comunicación, uso arbitrario de los recursos de terror, ineficacia de la presión ciudadana, se haya pasado a un régimen político con elecciones, parlamento, funcionamiento de partidos y sindicatos, libertad de opinión y reunión. No es lo mismo un régimen autoritario que un régimen de "democracia protegida". Existen frenos legales contra la arbitrariedad y la incertidumbre respecto a la vida. Es una diferencia fundamental, sólo entendible cuando se ha vivido la experiencia del autoritarismo.

Pero esta constatación no puede hacernos olvidar que la "democracia protegida" es una semidemocracia, porque su fuente inspiradora es la idea de un "gobierno científico". En éste la hermandad entre razón y poder, garantizada por las instituciones "tecnificadoras", tiene la misión de impedir los perniciosos efectos de las inevitables veleidades de la masa.

Por tanto se trata de un sistema político truncado. El montaje consiste en que el poder jurídico reconocido en las instituciones está traslapado del poder real de una manera muy distinta que en las democracias representativas. Efectivamente en estas últimas operan poderes fácticos, que actúan en las sombras buscando influir en las decisiones. Pero en las democracias protegidas esos poderes no son fácticos, son legales, racionalizados por el derecho positivo.

La fórmula usada es el funcionamiento de un mecanismo de re-aseguro de la reproductibilidad del sistema socioeconómico, que opera mediante una adulteración del mecanismo "normal" de contrabalances. La minoría, no solamente es protegida contra los abusos de la mayoría, es transformada en lo que no es, en fuerza mayoritaria. El sistema usado no es el régimen electoral, es decir la regla de conversión de votos en escaños. Es la existencia de esas instituciones tecnificadoras, cuyo principio constitutivo es que no provienen de la voluntad popular o que escapan de ella.

En el Chile Actual los contrabalances espurios más significativos son: a) el reconocimiento a las FF.AA. de una capacidad de tutela y de una autonomía decisoria en materia de nombramiento de los altos mandos y en materia presupuestaria (porcentaje fijo de las ventas de Codelco), b) la existencia de los senadores designados, que permiten el nombramiento no electivo de una proporción significativa de la corporación, la cual tiene (hay que recalcarlo) las mismas funciones políticas que la Cámara de Diputados, más algunas exclusivas de carácter judicial y de decisión en política internacional, c) un sistema electoral que favorece la tendencia al empate al nivel de las circunscripciones, que –por tanto– recompensa de un modo exorbitante a las segundas minorías y no permite la representación de otras minorías.

El sistema de protección más influyente en la correlación de fuerzas a nivel institucional es la combinación, para las elecciones de representantes en una cámara política, del principio de elección con el principio de la nominación.

A su vez, la existencia de una función de tutela por parte de las FF.AA. las convierte en el quinto poder del Estado. Les otorga la atribución constitucional de proteger la institucionalidad, por tanto, de determinar cuando la existencia de conflictos o de una

crisis harían exigible su participación como protectoras de la “esencia” del sistema. Las FF.AA., componente con funciones atípicas de la burocracia estatal, en doctrinas depositarias subordinadas de los recursos de fuerza del Estado, son transformadas, por obra y gracia del engendro teórico-jurídico que es la Constitución del año '80, en la fuerza que tiene la capacidad legal de decisión en los conflictos álgidos de poder.

El fundamento de la participación de las FF.AA. en instituciones con funciones políticas, como el Senado y el Consejo de Seguridad Nacional, reside en que ella desempeña la función de tutela del orden estatal. Por ello se ha instalado el principio que las instituciones militares deben ser diferentes de cualquier otro órgano del aparato burocrático, deben tener autonomía política y parcialmente autonomía financiera⁴³.

Una de las funciones de la institución de los senadores designados, es permitir la representación política de las FF.AA. a través de senadores elegidos entre ex oficiales superiores de cada una de las ramas. Una mirada superficial podría hacer creer que la existencia de cuatro senadores representantes de las FF.AA. es un número insignificante en la correlación general de fuerzas. Pero no hay que olvidarse que el dispositivo protector comprende también la existencia de un régimen electoral que en la conquista de escaños tiende a favorecer a la segunda minoría a costa de la primera, de modo tal que las diferencias entre ambas sean muy mínimas. Esto significa que la diferencia de escaños obtenida por la Concertación en las elecciones parlamentarias realizadas hasta ahora, no le permitió compensar el peso de los nueve senadores designados, que han actuado en casi todos los temas como bloque.

El asunto más importante es que los militares, realizadores de la “revolución capitalista”, tuteladores de la estabilidad del Estado, se sienten no sólo garantes para el futuro de la institucionalidad, entendida en su sentido más restringido, sino también de la totalidad de la obra del gobierno militar. Esto es lo que los ha llevado a actuar como “partido militar”, esto es, a desarrollar estrategias políticas respecto a temas no castrenses y a buscar influir sobre el sistema de partidos para realizar sus objetivos políticos. Estos no sólo tienen relación con la preservación de la Constitución, también tienen relación con otros objetivos, especialmente fieles a la obra militar⁴⁴.

Esta estructura institucional opera como una “jaula de hierro”. La Concertación no puede ir más allá de cambios pactados con alguno de los partidos de derecha o con los senadores designados. Por tanto la estrategia minimalista resulta la única posible. La derecha, pactando o actuando de acuerdo con los senadores designados, ejerce un veto de minoría sobre el sistema decisorio. La Concertación está atada de manos para realizar programas de orientación más socialdemócratas, como sería el intento de realizar una “segunda reforma laboral” para aumentar la fuerza negociadora de los sindicatos.

Pero todo esto era perfectamente conocido por la Concertación cuando se postuló como alternativas de poder en las elecciones de diciembre de 1989. El escenario político estaba predeterminado por las negociaciones constitucionales terminadas en julio de 1989.

Como se verá más adelante, esas negociaciones fueron “entre la espada y la pared”. Eran negociaciones en las cuales el gobierno militar tenía veto de iniciativa. O sea, el Ejecutivo era el único que podía proponer reformas a la Junta que actuaba como poder constituyente, que –por tanto– tenía la capacidad irrecusable de aprobar o rechazar lo propuesto. Una negociación que, además, la Concertación necesitaba aceptar, puesto

⁴³ Esa es la función del porcentaje fijo sobre los fondos de Codelco. En el primer semestre de este año alcanzó la cantidad de US\$60 millones.

⁴⁴ Este tema lo hemos tratado extensamente en MOULIAN, Tomás: “Chile. Las condiciones de la democracia”, *Revista Nueva Sociedad*, Caracas, Venezuela, 1995.

que cualquier cambio después del término del gobierno de Pinochet requería quórum que se sabía imposible de obtener.

Sólo se pudo elegir entre dos males menores, dos formas de perder. Existió, por supuesto, la opción aventurera de apostar a una movilización de masas hastiadas por las condiciones políticas estatuidas por el poder militar. Eso hubiera requerido rechazar la negociación “a la limite” de 1989 y ponerse a acumular fuerzas para una ofensiva global de deslegitimación del sistema constitucional entero, aprovechando la coyuntura electoral. Pero ningún actor relevante pensó en eso. La negociación constitucional de 1989 fue el fin de un largo camino, la culminación de la operación transformista comenzada en 1980 y cuya “genealogía” examinaremos más adelante.

Conscientes de que ya se estaba dentro del sistema, los actores preponderantes jugaron a obtener mejorías marginales, a falta de fuerza para ganancias sustantivas. Venían de ganar el plebiscito, pero habían internalizado la idea que en las masas no estaba el poder verdadero. Aceptaron no eliminar a los senadores designados sino disminuir la proposición, aceptaron el principio constitucional de la función tutelar de las FF.AA., sólo modificaron las funciones del Consejo Nacional de Seguridad.

Una pregunta ingenua: ¿cómo en el Chile Actual, autoconcebido como paladín de la modernidad y la democracia, pueden sobrevivir estas estructuras políticas que no siquiera imitan condiciones igualitarias de poder para las partes? El Estado se presenta espontáneamente, sin que sea necesario develarlo, como institución instrumental, como herramienta, para la reproducción del sistema socioeconómico.

Una parte significativa de la respuesta tiene relación con la ambigüedad de las elites democráticas. Y esa ambigüedad es compleja, de tal modo que casi cualquier interpretación clara deja de lado aspectos oscuros. El Chile Actual⁴⁵ vive en una tensión discursiva, en una especie de contradicción que afecta la autoexpresión de sí. Necesita presentar su hacer bajo la forma de éxito, porque ahora la reproductibilidad del Chile pinochetista es la tarea de los que fueron adversarios del dictador, en la medida que ellos gobiernan ese Chile. La crisis, el estancamiento del Chile Actual sería su derrota, la demostración irrefutable de su incapacidad de manejar un país que era una flecha en dirección del blanco.

Por eso necesitan ocultar la profundidad del problema de lo político, no pueden mostrarlo ni razonarlo como un problema fuerte, del tipo de Estado. Además, es inconveniente para sus estrategias legitimadoras mostrar que el Chile Actual es una sociedad petrificada, políticamente sin posibilidades creativas, porque ellas están anuladas por el dispositivo de la “jaula de hierro”.

No pueden sembrar desconfianza en el Chile Actual, no pueden hacerlo sentir precario, inestable. Necesitan que siga siendo visto como el “paraíso de inversionistas”. Su discurso tiene que construirse sobre la base de la ética de la responsabilidad. Chile Actual necesita seguir simulando que es un modelo, porque esa es una de sus más importantes “ventajas comparativas”.

No pueden presentar la cuestión de los “enclaves autoritarios”⁴⁶ como la cuestión del tipo de Estado que necesita el neocapitalismo actual. No pueden poner en evidencia que ese Estado tiene la función central de mantener el transformismo, por tanto, las estrategias de cambios socioeconómicos mínimos pactadas con el empresariado y la derecha. No pueden decir que se trata de una opción impuesta por una estructura política

⁴⁵ En este contexto el Chile Actual es el Chile postpinochetista, el de Aylwin y Frei.

⁴⁶ Como se sabe, este término ha sido usado por GARRETON, Manuel A.: *Hacia una nueva era política: Estudio de las democratizaciones*, FCE, Santiago, 1995. Considero que la idea de enclave es imperfecta, porque genera la impresión de un subconjunto aislado sin efectos en el fondo, o con efectos limitados.

preestablecida e incambiable. Hacerlo podría mostrar la existencia, oculta en las sombras y en el silencio, de una alternativa socialdemócrata, maniatada por los mecanismos protectores, por el dispositivo de la “jaula de hierro”.

Además, ¿es realmente así? Dudas que son casi certezas. Lo que caracteriza al Chile Actual, desde el punto de vista ideológico, es el debilitamiento de los sistemas discursivos alternativos al neoliberalismo y la capacidad manifestada por éste para seducir y atraer o, de un modo más pasivo, para presentarse como el único horizonte posible de quienes antes tenían otras perspectivas ideológicas, pero han optado por el realismo. Es verdad, la desaparición de los socialismo reales y la crisis de los Estados de bienestar en el mundo capitalista ha debilitado al marxismo tanto como a la socialdemocracia. Esas opciones han perdido plausibilidad, parecen arcaicas, soluciones ideológicas incompatibles con las condiciones dadas. Pero, se sabe que el asunto no es el derrumbe del Muro: nuestro Muro se había caído antes, se había –más bien– descascarado/desmoronado.

La consecuencia de esto en el Chile Actual es que existe dentro de la Concertación un ala neoliberal transversal, con influencia tanto en el Partido Demócrata Cristiano, que era una formación socialcristiana, como en el Partido Socialista, que había derivado desde 1979 hacia la socialdemocracia.

Este consenso ha sido el elemento decisivo. El asegura la arquitectura del dispositivo transformista. Su extensión crea una atmósfera ideológica de la cual lo real (lo realmente existente) aparece dotado de una suerte de “historicidad geológica” correspondiente más a una “edad” que a una “época”. Pese a las críticas que suscitó el análisis de Fukuyama, se puede decir que éste captó un elemento que está en el imaginario colectivo finisecular de las elites dirigentes⁴⁷. Después de este siglo de enfrentamiento entre dos ideas de la modernidad, la capitalista y la socialista, la primera ha demostrado su viabilidad histórica. Según este razonamiento, bien ha comprobado su carácter de encarnación real de la razón, o bien ha demostrado su adecuación a una naturaleza humana sacudida por pasiones e intereses, condición humana que nunca superará el estado de alineación. Si no estuviéramos en el “fin de la historia” estaríamos, al menos, al comienzo de una “edad histórica”.

Estas nociones tácitas, que muchos que usan el nombre de “progresistas” no se atreven a decir claramente aunque las creen, suponen la idea de un término de historicidad, por lo menos hasta dentro de un plazo muy largo. Incluso este discurso distanciador es compatible con un cierto marxismo evolucionista. Existió una “época de las revoluciones” pero ella se habría agotado con la mundialización efectiva de los mercados; feneció en esta nueva era de la comunicación a tiempo real, de la circulación instantánea de los capitales, de las imágenes y de los mensajes y de la velocidad cada vez mayor de circulación de las mercancías, de las personas y de las innovaciones tecnológicas.

Otro hecho importante es que el dispositivo transformista, que en el campo político se concretiza en la institucionalidad “jaula de hierro”, se apoya también en un radical pesimismo histórico. Este rasgo aparece como uno de los aspectos salientes de la estructuración del campo ideológico en el mundo y en este Chile Actual.

4. La crisis de la política

a. La política sin ideologías o la muerte de la política

⁴⁷ FUKUYAMA, Francis: *The end of history and the last man*, Free Press, New York, 1992.

Está de moda, en el mundo y en el Chile Actual, la crítica de las ideologías y la celebración del término de los fanatismos introducidos, aparentemente de un modo inevitable, por estos supuestos dispositivos arcaicos de la política. Los mejores entre los analistas de esta tendencia, después de ajustar cuentas con las ideologías, también ajustan cuentas con el pragmatismo. Realizan esta segunda crítica buscando un justo equilibrio, que los sitúe en la cómoda posición de un rechazo equivalente al fanatismo emanado de las ideologías y al pragmatismo emanado del cálculo instrumental⁴⁸.

Pero su crítica, por muy matizada que sea, no acierta, se equivoca de blanco. No se puede poner al mismo nivel ideología y pragmatismo. El pragmatismo lleva a la muerte de la política, a la confusión de ésta con el arte de lo posible, mientras que la ideología, cierto tipo de ella, debe ser el centro alimentador de la acción y de la pasión política, como esfuerzo de emancipación.

La razón profunda de la crisis de la política en el Chile Actual proviene de la falsa muerte de las ideologías, perpetrada por una ideología hegemónica que pretende la tecnificación de la política y por ello se encarga de asesinar a las ideologías alternativas. Ella es acompañada en esta empresa por el coro complaciente de unas elites que creen haber salvado a la sociedad y por ende a la política, al despojarla de la posibilidad de conflictos respecto al orden mismo.

Lo que les ocurre a los críticos de las ideologías es que confunden dos tipos distintos, mezclan en un mismo paquete las ideologías en cuanto utopías, con las ideologías en cuanto sistemas de normatividad política. Efectivamente las primeras pueden desembocar en el fanatismo y en el totalitarismo. La experiencia enseña que la búsqueda del “fin de la historia” y la conquista de la armonía pueden transformarse en justificaciones de la crueldad y del terror, usado en nombre de la definitiva salvación en la tierra de los hombres.

El primado de esas ideologías hace difícil una política centrada en la deliberación argumentativa y en la constitución por esa vía de una “voluntad popular”⁴⁹. Algunas de ellas se han batido en retirada, por ejemplo el leninismo-stalinismo. Pero otras continúan con vida y en auge, como el neoliberalismo. Este sistema presenta los tres elementos de una ideología utópica: una idea (natural) de lo social considerada como forma esencial de realización de lo humano, una idea absoluta del futuro y la justificación del recurso a la fuerza para la defensa de esos ideales sociales “trascendentalizados”, forma única de vida realmente humana.

El elemento negativo, corrosivo, de las ideologías utópicas es la “trascendentalización” de los fines, el cual lleva a la negación enemistosa de otras ideologías, por ende, de la diferencia. Esa operación impide que la política pueda funcionar como “racionalización” deliberativa de los fines.

Trascendentalización y deliberación son dos formas antagónicas, una funciona opuesta a la otra. La primera convierte a la política en religión⁵⁰, mientras que la segunda implica una discusión secularizada sobre fines preferenciales pero no sagrados.

Existe pues un tipo necesario de ideología, distinto del de la ideología utópica. Es la ideología en cuanto sistema de normatividad política. Ello significa que el/los grupos

⁴⁸ GARRETON, Manuel: *La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural*, Ediciones Cesoc-Lom, Santiago, Chile, 1993.

⁴⁹ No me refiero a la voluntad popular de la democracia representativa que no es deliberativa, porque las agendas son colocadas desde arriba y por otras razones que no es dable señalar. Ver LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una política democrática radical*, Editorial Siglo XXI, Madrid, España, 1987; LACLAU, Ernesto: *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 1993.

⁵⁰ LACLAU, Ernesto: *Nuevas reflexiones...* Ibíd., p. 10.

políticos elaboran proyectos donde se definen fines preferenciales y donde se vincula presente con futuro. Fines dotados de valor pero sobre los cuales se está dispuesto a discutir racionalmente, arriesgando que en la lucha política sean otros los que se impongan.

El funcionamiento de este segundo tipo de ideología es una condición de la política en cuanto actividad racionalmente orientada a la transformación de la vida social estatuida. En la actualidad, con la premura por botar el agua de la bañera se ha tirado al piso al niño. Para liquidar la amenaza de ciertas ideologías utópicas (ya que otras siguen perfectamente vivas) se ha intentado eliminar a las ideologías en cuanto tales. Entonces, en lugar de una política secular se tiene una política pragmática, orientada por el cálculo coyuntural.

¿Cuál es la crisis de la política en el Chile Actual? La imposición por una ideología utópica, el neoliberalismo, de una política a-ideológica, que no contiene proyecto, que es la petrificación absoluta de lo actual. ¿Qué interés puede tener un combate en el cual ninguna transformación es posible, donde el futuro es la incesante repetición del presente, es la imposición de un proyecto no razonado? ¿Qué seducción puede ejercer una política donde los antagonismos desplegados son simuladores, porque evitan discutir los nudos esenciales del modelo de acumulación y del modelo de sociabilidad?⁵¹

Los momentos reaccionarios de la historia son aquellos en los cuales los proyectos de historicidad no son plausibles, ni verosímiles, ni aparecen conectados con el sentido común. En que la idea misma de transformación toma la forma de un sueño imposible de unos ilusos desconectados de la realidad, minoritarios y arcaicos.

Estamos ahora ante este tipo de momentos ciegos, aplastados por las derrotas de los socialismos reales y por la férrea realización de las premisas del capitalismo mundializado, aquel soñado por Marx en 1848: "La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, todas las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales... Una revolución continua de la producción, una incesante conmoción de todas las relaciones sociales, una inquietud y un movimiento constante distinguen la época burguesa de todas las anteriores... Espoleados por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes"⁵².

La época de mundialización del capitalismo acompañada por la muerte, más bien el asesinato, de las ideologías, perpetrado por una ideología triunfante. La ilusión de ésta es que el reemplazo de la política como confrontación, por la política como administración, generará las condiciones de la perfecta gobernabilidad.

Sin embargo con este asesinato disfrazado de muerte, es la política misma la que agoniza para ser reemplazada por la decisión tecnocrática, sustentada en una indisputable (aunque no indiscutible) cientificidad. La tecnificación de la política es mortífera, es la cancelación de la deliberación sobre finalidades. La pasión homicida contra las ideologías oculta un acto ideológico, que es suponer que los fines provienen de afuera de la política y están colocados allí por las leyes inderogables de la historia.

Entonces, la crisis de la política no proviene de la vigencia de proyectos puramente transformistas, que realizan sólo ajustes de lo previamente existente, proyectos básicamente conservadores. Pueden existir ideologías conservadoras argumentativas que no enmascaran la decisión política sobre fines tras la forma de lo natural. Proviene, en

⁵¹ Ver BAUDRILLARD, Jean: *Cultura y simulacro*, Editorial Kayros, Barcelona, España, 1978.

⁵² MARX, Karl: "Manifiesto del Partido Comunista", en MARX, Karl y ENGELS, Friedrich: *Obras escogidas*, Ediciones de Lenguas Extranjeras, Moscú, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, 1963, tomo I, p. 25.

realidad, del utopismo neoliberal, que tiende a tecnificar lo político, matando para ello a las otras ideologías. Esto significa hacer de los fines un asunto científico, derivado de leyes que rigen el movimiento de lo social y, por tanto, de la relación medios-fines un asunto de “one best way”. Con esto se arrancan ambos ámbitos de las posibilidades de deliberación argumentada o racional.

En el Chile Actual la política se ve enfrentada a una doble restricción que la asfixia y que conspira contra ella. La primera restricción es la ausencia de espacio cultural para ideologías transformadoras, sometidas a la estigmatización de lo irracional que han sido incapaces de sobrepasar. La segunda es la voluntad tecnificadora que emana del neoliberalismo hegemónico y que aleja lo político tanto de los representantes como del ciudadano común, a menos que se trate de asuntos de índole local donde no se ponen en discusión los fines esencializados.

Hay quienes ven en esta manera de constitución de lo político una feliz demostración de sanidad. Aplauden, como un triunfo, el envejecimiento de las ideologías transformadoras y se alegran que la política devenga una discusión circunscrita a la mejor manera de alcanzar fines eternamente fijos. No captan que están embalsamando a la política y quitándole oxígeno a la vida democrática.

La política tecnificada, guiada estrictamente por racionamientos de eficacia, en el fondo no acepta el principio de la “voluntad popular” como el mejor criterio de decisión. Lo acepta solamente como factual, no como deseable. Si la política debe restringirse a resolver la ecuación entre fines indiscutibles y medios a determinar en función de criterios técnicos, se hace necesario tomar providencias para que las decisiones se enmarquen dentro de parámetros de cientificidad, para que ellas se “despolitizen”. Para que no se alejen del ceñido conjunto de alternativas válidas. El principio de la mayoría debería subordinarse, la democracia debería (por ende) protegerse de la “voluntad popular”, a menos que ésta, por una especie de milagro divino, se identifique siempre con la racionalidad preestablecida, que se identifica con lo real.

En eso estamos en el Chile Actual. Desideologizando a la política, alegres porque nada de fondo está puesto en cuestión, sólo algunos aspectos superestructurales.

Los partidos políticos son las principales víctimas de esta desideologización. Se transforman de empresas colectivas, unificadas tras finalidades comunes, en asociaciones privadas para la lucha por el poder. Hobsbawm dice que el partido es la gran creación de la ingeniería política del siglo XX⁵³. Pero él está pensando en el partido de militantes, de individuos disciplinados tras las metas colectivas. En el partido ideológico, en el cual las apetencias individuales están subordinadas a los fines comunes, a las grandes ideas a las cuales se sirve. Donde la exigencia de valores comunitarios obstaculiza el desarrollo de un individualismo desenfrenado, de una obsesión personal por el poder. Lo que se hace es por el partido en cuanto éste es realizador de una causa, de un proyecto de sociedad.

En el Chile Actual ya casi se ha extinguido ese tipo de partidos que, en algún momento y con mayor o menor eficacia, fueron los partidos de izquierda (especialmente el Comunista), el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Nacional en su época de gloria, el período de la lucha contra la Unidad Popular.

Lo que existe hoy son partidos de camarillas, con agrupamientos internos sin consistencia ideológica y con un altísimo grado de antropofagia. Los partidos parecen haber perdido la dimensión comunitaria y los lazos de afectividad primaria suscitada por la común pertenencia a una causa, para convertirse en estresantes lugares de competencia

⁵³ HOBBSAWM, Eric: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Editorial Crítica-Mondadori, Barcelona, España, 1995.

por el poder, para lo cual (cuando más) se generan relaciones instrumentales con un grupo.

Especialmente en los duros años de la dictadura, los partidos fueron espacios donde los militantes desarrollaban los valores altruistas, la entrega y el don de sí por grandes ideales. No estaban exentos de luchas de posicionamiento, pero lo particular terminaba subordinado a lo más universal.

En el Chile Actual los partidos generan la impresión de no ser mucho más que instrumentos de ansiosos aspirantes al poder, agobiados por la escasez de oportunidades.

No es de mi gusto una crítica sin atenuantes a los partidos políticos porque no conozco otra forma de organizar la política para una deliberación racional. Pero los actuales partidos generan una enorme insatisfacción. No se ve en ellos la intención de una obra común, en la cual los intereses colectivos primen sobre los individuales⁵⁴. No se observa creatividad ni cumplen ya ese papel de intelectuales-intérpretes de la sociedad chilena que tuvieron en el pasado, dando lugar a la difusión de poderosas ideas-fuerza.

Perdida la nutrición de una ideología capaz de conectar el presente con el futuro, han caído en la banalización.

b. Irrelevancia, corrupción

Una política que rutiniza los fines, se transforma necesariamente en irrelevante. ¿Qué queda del significado de la política, después de ese secuestro de su objeto principal, que conlleva hacia una deriva en lo banal? Si la política no tiene como sentido deliberar sobre las condiciones del orden social, ¿cuál podría ser su significado?

Pero la irrelevancia no hace inocente a la política. Todo lo contrario, despierta respecto de ella todas las sospechas. Parece que la política tiene en el imaginario colectivo dos clasificaciones posibles, dos destinos. O se instala como un espacio de deliberación de lo público, o se la ve como un tramado de intereses particulares y un privilegiado canal de acceso hacia el dinero, la palanca de la vida mercantil, la deidad contemporánea. La primera es la política en cuanto esfuerzo de universalidad, la otra es la política privatizada, a la deriva.

El encanto de la política proviene de una seducción, de una transmutación capaz de dotar al poder y sus operaciones de un carácter universal y colectivo. El encantamiento político proviene básicamente de la palabra, de la magia de discursos que consiguen proyectar en la universalidad, la lucha por ese bien escaso que es el poder. Detrás del encantamiento político opera la capacidad seductora de alguna ideología, que es la que dota de coherencia y verosimilitud al discurso legitimador.

La facilidad de desencantarse de la política, quizás tenga relación con la naturaleza compleja del poder. El poder en bruto, despojado de las simulaciones con que se rodea, de sus ritos y de sus discursos, produce rechazo, es visto espontáneamente como un pecado, un recurso de esclavización. Esa instintiva aproximación se hace más fácilmente reversible, cuando el poder se expresa en el discurso de la ideología, que es el de su deseo.

Despojada de historicidad, restringida a una reproductibilidad no deliberativa, la política se consume en la lucha por un poder que no aparece relacionado con una disputa por fines. Un poder que aparece particular, privatizado, sin referencia a lo universal. Por ello

⁵⁴ Con la paradójica excepción del partido de la "lealtad a los militares" que es la UDI.

que la política que reniega de las ideologías pierde el aura y el vacío se llena fácilmente con la idea de corrupción.

En el Chile Actual la imagen de corrupción es la resultante no deseada del vacío prospectivo-ideológico de la política, más que la resultante de constataciones empíricas, de la prueba dura de hechos. Es una atmósfera, una especie de proyección suscitada por el estilo cínico que emana de los discursos pragmáticos. Son los discursos pragmáticos reflejados en un espejo deformante.

También es la resultante de la decepción, del desencanto de personas que esperaban transformaciones, cambios, y se encuentran que las prioridades permanecen iguales que en tiempo de Pinochet. Que el rol protagónico de los empresarios, deidades a las que se prende incienso, no ha disminuido sino aumentado porque es necesario darles pruebas permanentes de buena conducta. Que el rol de los trabajadores permanece casi idéntico, más allá de la hojarasca ceremonial y sobre todo, permanece sin horizonte, sin futuro.

En esos decepcionados, la noción de corrupción tiene otro sentido que en boca de los eternos antipolíticos de la derecha. Tiene el sentido de un “arreglín”. Representa el desencanto por la “farra de la democracia”, porque poco ha cambiado. Esta petrificación es atribuida a la corrupción, forma de semantizar los “enjuagues”, los pactos interelites, las concesiones entre “amigotes”.

Al principio del gobierno de Aylwin, para algunos políticos constituía un problema moral aparecer departiendo amablemente con quienes los habían perseguido y eran culpables de asesinatos masivos. Después se hizo común el intercambio de sonrisas, luego de gestos amistosos, de conversaciones, de fotos en los diarios compartiendo la vida social. Todo esto crea la impresión de que constituyen un “círculo”, una clase. El poder los iguala. Amargamente se puede decir “son todos lo mismo”. La política aparece como una confusión de lenguas.

La crisis de la política es, para una parte de la generación joven, exigente en la discriminación, y para ciertos “veteranos” de la lucha contra Pinochet que se aferran a esa memoria como identidad, una corrupción que consiste en el olvido y en la asimilación. Corrupción significa, para ese enclave de “resistentes”, prestarse para la brutal injusticia del perdón concedido sin arrepentimiento.

Esa idea de corrupción, surgida de la desilusión y activadora de desesperanza, es preocupante. También la que surge entre los hombres comunes que sienten que ya nada tienen que opinar, que la política se realiza cada vez “más arriba”, en cumbres inaccesibles.

No es la versión de la derecha de la corrupción. Para la derecha la corrupción es una perversión asociada al Estado, por lo tanto inherente a la política y a las instituciones y empresas públicas. Refleja la noción de Estado de los ideólogos utopistas del neoliberalismo, para los cuales el Estado representa un “mal menor” cuya única justificación es su papel de “guardián”, porque es necesario un órgano que frene la oscura tendencia pasional de los hombres a rebelarse contra el orden existente.

La utopía de estos neoliberales es que la política sea desplazada por la “administración de las cosas”, que sea desplazada por la decisión tecnocrática. Que se discuta sobre la rentabilidad diferencial de un camino en la cota mil respecto de una ruta hacia Mendoza y no sobre algún elemento fundamental del orden existente, el cual ha pasado a formar parte de un consenso petrificado.

Por ello hay que sospechar de los graznidos sobre la corrupción de los tecnócratas políticos. Ellos preferirían que las decisiones colectivas fueran adoptadas por un “consejo

de sabios”. Así se evitaría el peligro de cualquier política “populista”, orientada más por criterios de justicia social que por criterios de beneficio del capital o del sistema.

Trascendentalización de los fines por parte del utopismo neoliberal. Ese es uno de los puntos centrales y uno de los nudos de la crisis de la política en el Chile Actual. Ello significa la hegemonía de un ideologismo conservador y antipolítico, que se hace coro de la imagen de corrupción, porque su ideal utópico, su idea límite es un mundo sin política, o un mundo donde lo político se convierte, al estilo saint-simoniano, en la “ciencia de la producción”⁵⁵.

Pero la pretensión de ahistoricidad no es ya la creencia fanática y mesiánica de unos cuantos ideólogos derechistas. Hoy es un rasgo transversal de la cultura política del Chile Actual. Este neocapitalismo que nos está haciendo crecer a pasos agigantados, legitimado por sus nupcias con la neodemocracia, es visto como el orden ideal o el menos malo o el único posible. Quien piense otra cosa está fuera, tanto del saber científico como del sentido común. Entre un político radical y un loco casi no hay diferencia.

c. La impunidad

En el Chile Actual el lenguaje de la política no es un habla común, sino un código cifrado, trucado, es un metadiscurso. Como las matriushkas rusas, el discurso parece esconder otro discurso y éste a su vez otro. Si fuéramos deshojando esos discursos llegaríamos a lo Innombrable, a aquella fuerza trascendental y temida que exige que nuestra política esté fundada sobre el eufemismo. ¿Por qué está atrapada esta política en el silencio, en las medias palabras, en la hipocresía?

Porque no ha habido una purificación del karma de diecisiete años de terror. Chile Actual está basado en la impunidad, en el carácter simbólico de los castigos, en la ausencia de verdad, en una responsabilidad histórica no asumida por las FF.AA. y por los empresarios, estos últimos los beneficiarios directos de la “revolución capitalista”.

Al comienzo de su gobierno inaugural, Aylwin creó la Comisión Verdad y Reconciliación para abordar el problema de los damnificados del terrorismo de Estado. Con ese gesto, que delataba un método, el gobierno de Aylwin convirtió el asunto en un rito. Se trataba de construir, a través de una comisión de “hombres justos”, una “gran verdad”, una verdad cuya legitimidad sobrepasara las críticas comprometidas de las FF.AA. y de la derecha “leal”.

La labor de la Comisión permitió constituir el “martilogio oficial”. Permitted construir esa gran pared en el Cementerio General repleta con los nombres de las víctimas. Seres hasta entonces sospechosos de haber sido criminales, de haber huido del lado de sus familias, fueron reconocidos como víctimas del Estado. No es poco que se les haya otorgado su identidad. Antes se les había negado hasta su heroísmo, la dignidad de haber muerto por sus convicciones.

Pero la labor de la Comisión tiene dos grandes vacíos: sus investigaciones no desembocan en una instancia judicial y no comprenden a los damnificados por torturas prolongadas y prisión abusiva. Se borra, de una plumada, el martirio de las víctimas sobrevivientes de las espantosas torturas de Tejas Verdes o de Villa Grimaldi, de las prisiones clandestinas de la CNI o del Dipolcar.

Cuando esa Comisión evacuó su informe (conocido como Informe Rettig) el Presidente Aylwin pidió perdón, con lágrimas en los ojos, a nombre del Estado. Un gran acto simbólico a través del cual la nación asumió su responsabilidad, pero también un

⁵⁵ Ver BUBER, Martín: *Caminos de utopía*, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 30.

espectacular acto de evasión. Allí se consagró, a través de una cuidada liturgia, la instalación del eufemismo como respuesta a los crímenes. Se oficializó el desvanecimiento en el colectivo de la responsabilidad individual que, de acuerdo a los principios de autoridad y a los códigos de honor, correspondía a los Comandantes en Jefe de las diferentes ramas de las FF.AA.

En vez del principio de la “obediencia debida”, que es el único verosímil, dada la organización jerárquica de las FF.AA., se instaló el principio inverso, el de la irresponsabilidad de las autoridades supremas. Ellas nada supieron ni saben, siempre fueron sobrepasadas por algún irresponsable.

Los procedimientos seguidos permitieron instalar la institución del “chivo expiatorio”: Contreras y Espinoza prisioneros en la cárcel especial de Punta Peuco. Contreras fue el “gran personaje” del terror. Este Robespierre criollo, este protagonista principal del Terror y operador transnacionalizado de la represión, formó parte del núcleo de oficiales promovidos por Prats, bajo cuyo mando llegó a ser subdirector de la Academia de Guerra. Más que un oficial de inteligencia es un tecnólogo militar, quizás seleccionado para afrontar una masiva búsqueda y un generalizado exterminio, con un complejo ocultamiento de pruebas.

La institución del “chivo expiatorio” formó parte de la operación de blanqueo generalizado. Se instaló como doctrina la teoría de los delitos aislados, que no correspondían a una planificación regular de las instituciones y que, por tanto, estaban fuera del conocimiento de las altas cúpulas. En el caso Letelier este principio fue aceptado por todas las instituciones estatales. Contreras procedió a montar una conspiración internacional que aisló al gobierno militar de EE.UU., mientras la jefatura directa de este audaz “free-rider” permanecía en la más santa inocencia. A su vez, el primer gobierno post-autoritario y todas las otras instancias del Estado recocieron la impunidad de las altas cúpulas.

Más tarde, el gobierno de Frei trató de desconocer este principio, intentando que Stange aceptara su responsabilidad en el caso de los degollados. Se basó para ello en una primera sentencia judicial que lo inculpaba. Pero el general no cedió a ningún remordimiento y los jueces superiores lo absolvieron. Por segunda vez el Estado reconoció la impunidad de las altas cúpulas. En un principio el gobierno de Frei creyó que un simple Comandante en Jefe pesaba menos que El Comandante en Jefe. No captó que al hacerlo estaba relativizando y particularizando la institución básica de la impunidad de las altas esferas, sobre la base de la cual se estaba “resolviendo” el caso Letelier.

El principio de la impunidad no solamente favorecía a las altas cúpulas, era un principio generalizado, jurídicamente fundado en la amnistía de 1978 y que solamente tenía una excepción, la de los “chivos expiatorios”. Chivo expiatorio, macho cabrío sacrificado para aplacar el enojo de los dioses, iracundos por los pecados de los jefes que contagiaban al pueblo.

La compleja y en ocasiones rocambolesca operación a través de la cual Contreras apareció recibiendo un castigo que era, simultáneamente, una absolución, instalaba la institución del chivo expiatorio, pero bajo la modalidad de un simulacro. A través de una condena simbólica, totalmente desproporcionada respecto a la naturaleza del crimen imputado, Contreras fue perdonado de su verdadera responsabilidad, de la autoría intelectual del plan de exterminio de la izquierda, desarrollado por la DINA entre septiembre de 1973 y julio de 1977.

La puesta en escena de ese juicio y de ese castigo es un episodio más, aunque decisivo, de la operación de blanqueo. Muchos han creído que la condena a Contreras tenía por objetivo conformar al gobierno de Estados Unidos. Esa fue, en realidad, una

finalidad absolutamente secundaria. El objetivo decisivo era otro. Era demostrar, a través de la condena de Contreras, la inocencia de Pinochet. En Contreras se cortó la cadena, Pinochet nada supo. Como todos los chilenos se enteró con sorpresa, por los diarios, del asesinato de Prats, del de Letelier, del atentado contra Leighton. Quizás oyó hablar del campo de torturas de Tejas Verdes leyendo, en algún día de vacaciones, el libro-testimonio de Hernán Valdés que le prestó un asesor despistado⁵⁶. De Villa Grimaldi conoció algunos rumores. Sigue creyendo que los desaparecidos se fueron al extranjero, escondidos bajo nombres falsos. Así está construida la “historia oficial”.

La doble impunidad existente en Chile, la impunidad legalizada por la ley de amnistía de 1978 y la de ipso que cubre la mayor parte de los crímenes posteriores⁵⁷, tiene efectos sobre la atmósfera de crisis de lo político.

Existe un fuerte lazo ente esa impunidad y la deslegitimación en su forma de desencanto. Esa impunidad es una manifestación demasiado expresiva de la desigualdad, de la capacidad de los poderosos de sobrepasar la ley sin temor al castigo. Cualquiera puede preguntarse, ¿cómo se puede seguir hablando de respeto a la ley, a la justicia o exigiendo castigo de los delincuentes (la típica petición de mano dura de los derechistas) cuando se ha amnistiado la desaparición de miles de inocentes y las crueles torturas masivas? Esas brutales disonancias generan quiebres en la legitimidad discursiva, afectan la credibilidad en las instituciones, especialmente del derecho y la justicia.

Hay otro aspecto conectado con la impunidad. Consiste en la respetabilidad moral que se autoasignan (y que se les confiere) a personajes que han sido ejecutores o cómplices (escondidos o visibles) de feroces crímenes contra sus enemigos políticos. A menudo suelen hablar, con exquisita delicadez, del atroz asesinato que se comete al negarle la posibilidad de vida a un óvulo fecundado. La pureza angelical de sus almas enternecería si no fuera porque han participado, aplaudido o aumentado sus ganancias al amparo de la crueldad institucionalizada.

Un gran problema de la convivencia política del Chile Actual es esta incomprensible conservación de la inocencia por parte de los hechores de crímenes masivos, esta ausencia total de aceptación de la responsabilidad. Esta incapacidad de asumir lo que se hizo y de tener la humanidad de dolerse del otro. Por estar pendiente el reconocimiento de los delitos, no sólo no puede existir reconciliación, tampoco existe verdadera pacificación. Se vive todavía un estado de enemistad. Los militares no han realizado ningún gesto de paz.

Esto puede parecer una exageración dramática o una exigencia ritualista. Se trata de una “necesidad de Ser-Nación”. Sin la aceptación de la realidad del terror por parte de los hechores y de los profitadores, nuestro orden está instalado sobre una trizadura, sobre una grieta geológica. O, dicho de otro modo, se basa en una negación psicótica, en un delirio sobre Chile: “¡El bombardeo de La Moneda fue un montaje de las agencias extranjeras, Prats murió de un infarto, los desaparecidos eran humanoides que emigraron a Marte!”.

En realidad, nos oprime la obligación de un pesado silencio, fuente nutricia de la política eufemística, de las medidas palabras, de la hipocresía. Coartados de decir lo que verdaderamente ocurrió (que el terror fue una política estatal, una estrategia decidida por los conductores regulares, ya que la situación era definida como “guerra irregular”) todos los discursos está autocensurados. Lo que realmente ocurrió aparece como indecible,

⁵⁶ VALDES, Hernán: *Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*, Editorial Liaia, Barcelona, España, 1974.

⁵⁷ La excepción han sido las fuertes condenas aplicadas a los carabineros participantes en los degollamientos de Parada, Nattino y Guerrero.

como la innombrable. Muchos piensan que hubo una responsabilidad institucional del alto mando, pero simultáneamente todos dicen que las responsabilidades fueron individuales. La política se realiza afirmando lo contrario de lo que se piensa, por tanto disolviendo el valor de la discursividad con referente. La política del Chile Actual se construye sobre medias palabras, sobre mentiras, sobre hipócritas razones de Estado.

5. El sistema de partidos

Existe una radical diferencia entre el sistema de partidos que abarcó el período 1932-1973 y el que se constituyó después de la primera elección democrática de 1990. La operatividad del sistema de partidos que se derrumbó con el golpe, consistió en su capacidad de integración de polos (partidos “obreros”, partidos de derecha), orbitando en torno a uno o varios centros. El que se reconstituyó después de 1990 no es polarizado, por tanto su capacidad integrativa es distinta y menos sorprendente.

El sistema polarizado del período 32-73 produjo oportunidades reguladas y normadas de competencia política durante cuarenta años. Se mantuvo pese a que desde 1958 apareció la sorprendente amenaza del triunfo electoral izquierdista-marxista, lo cual empavoreció al electorado derechista en 1964, volcándolo a regañadientes hacia su enemigo secundario, el reformista Frei.

El actual sistema político presenta las siguientes características centrales: a) la división de la izquierda y la aparición de un ala que ya no tiene como referente ni al marxismo ni a la revolución y que es mucho más poderosa en el campo electoral que la tradicional ala ortodoxa, b) la formación de una alianza de centroizquierda que ha conquistado los dos gobiernos post-autoritarios y c) la reaparición del fenómeno de la derecha dividida, después del corto período unipartidario entre 1967-73⁵⁸.

El sistema partidario del Chile Actual reproduce, pese a sus pretensiones modernistas, algunos rasgos de la década del cuarenta. El principal es el gobierno de una coalición de centro-izquierda, fenómeno que ya aconteció entre 1938 y 1947. Pero existen diferencias medulares entre un episodio y otro, la principal de las cuales es el carácter de la izquierda participante de la coalición. La de la década del cuarenta era marxista y revolucionaria y la actual es liberal en versión socialdemócrata. La segunda diferencia tiene relación con el proyecto de modernización. El de los cuarenta fue iniciativa del bloque centro-izquierdista, el cual enfrentó la crisis del modelo primario exportador a través del desarrollo, desde el Estado, de la industrialización. La actual coalición no ha creado un proyecto, más bien administra con “expertise” el diseño de modernización del gobierno militar, marcado por el sello neoliberal. Las coaliciones de los cuarenta eran progresivas, la actual es de administración, su norte es la reproducción transformista.

Un elemento básico del actual sistema de partidos es que es centrípeto, pese a que tiene una estructura tripartita (derechas, centros, izquierdas). El anterior, por lo menos desde 1965 hasta 1973, era centrífugo. El carácter centrípeto se manifiesta en que, con excepción de la UDI y del Partido Comunista, todos los otros partidos presionan sobre el centro geométrico fluctuante, tanto a la búsqueda de señas de identidad, como a la caza de electorado. Esto produce un poderoso efecto de “modernización” de la política, al contrario de lo que ocurría en la década del sesenta. Entonces la centrifugación empujaba a los polos en la dirección de su eje, ampliando la distancia ideológica.

El análisis de algunos partidos y posiciones del espectro, arroja pistas interesantes para la comprensión de la dinámica interna del sistema.

⁵⁸ En 1967 conservadores y liberales se unificaron en el Partido Nacional. Actualmente la derecha está dividida en tres partidos: Renovación Nacional, Unión Demócrata Independiente y Unión de Centro Centro.

Hacia la izquierda del Partido Socialista, embarcado en asegurar la gobernabilidad de la transición transformista, no se ha logrado constituir una fuerza capaz de canalizar la desafección, especialmente aquella que actualmente deriva hacia el abstencionismo. El Partido Comunista no ha emergido como fuerza atractiva, con un proyecto a la altura de los tiempos o por lo menos con una crítica creativa. Se le ve arcaico y autista, volcado a ventilar querellas intestinas, planteando automáticamente la respuesta convencional de la movilización.

El Partido Socialista ha vivido desde 1979 un cambio revolucionario de su identidad ideológica. Derivó del marxismo hacia la socialdemocracia. Una renovación que había comenzado, bajo la inspiración eurocomunista, como una crítica desde dentro del marxismo buscando ampliar sus horizontes y sus posibilidades teóricas, terminó en el abandono del referente teórico, de la idea de revolución e incluso de las críticas sustanciales al capitalismo. Hoy día está en un acelerado proceso de absorción del liberalismo como ideología constitutiva de su visión de mundo.

Su proyecto político (como el del PPD) está también colocado bajo el sello de la "modernización". Piensa el futuro en el marco del capitalismo globalizado, poniendo énfasis en cambios absorbibles por el sistema, como la equidad y los cambios culturales.

Por lo dicho antes, no es extraño que este partido no se sienta tensionado desde su izquierda y no se sienta amenazado de perder votos en beneficio de un polo crítico. Lo verdaderamente singular del Partido Socialista actual, consiste en que su ala izquierda mayoritaria, comparte el diseño gubernamental de "transición transformista" y el modelo modernizador. Las diferencias entre las tendencias tienen más que ver con "sensibilidades" y liderazgos que con diferencias profundas de proyecto.

En la Democracia Cristiana el problema presenta variaciones. En ella la penetración del liberalismo económico no ha anulado totalmente la sensibilidad socialcristiana. Las viejas tesis comunitarias han perdido vigencia, pero aún tienen eco temas tradicionales de la doctrina social de la Iglesia, como el salario justo, que es difícilmente compatible con la racionalidad mercantil del liberalismo. Pero la posibilidad de un aglutinamiento de tendencias en torno al eje liberalismo versus socialcristianismo, ha estado coartado por la necesidad de proporcionar bases sólidas de gobernabilidad a las administraciones de Aylwin y Frei. En la medida que los fantasmas políticos se diluyan, es probable que esa tensión se desarrolle.

En la derecha la situación es más compleja y también de mayor enfrentamiento interno. La competencia interpartidaria entre la Unión Demócrata Independiente y Renovación Nacional ha sido y es fuerte. Postulan dos modelos de partido. La Unión Demócrata Independiente representa el proyecto de un partido homogéneo de militantes y Renovación Nacional la de un partido heterogéneo de masas. El primero es una organización de raíz católica, con militancia y dirigencia joven, disciplinada, con una estrategia de penetración en el mundo popular a través de un discurso de populismo conservador. Al mismo tiempo representa el partido de la "irrestricada lealtad" a los militares.

Renovación Nacional es, al contrario, un partido de tendencias, heterogéneo, con poca lealtad institucional. En su interior se enfrentan dos sectores. Uno postula un proyecto liberal de modernización democratizante con capacidad de crítica frente a los militares (en su obra pasada tanto como en sus posturas políticas actuales), que se plantea como desafío estar en condiciones de participar de coaliciones amplias. El otro, representa una derecha militarista y nacionalista. La lucha entre esos dos grupos genera una especie de empate interno, que neutraliza al partido.

Este sistema de partidos es sumamente funcional con el proyecto transformista. Este tipo de estructuración del campo de fuerzas se sostiene en un viraje moderado del electorado, aparentemente cansado de los extremismos, sea la nostalgia de la Unidad Popular o la del gobierno militar. Pero a su vez esa moderación del electorado es alimentada por el sistema de partidos. El electorado es bombardeado de ofertas moderadas desde todas las posiciones, desde la derecha (a través de RN), el centro y la izquierda.

Este sistema de partidos no tiene la hechura dramática del sistema polarizado y centrífugo de mediados de la década del sesenta. No tiene tampoco su aura romántica. No se juega el todo o nada en cada elección, solamente se juegan pequeños cambios que no modifican el curso histórico. Una historia enfriada.

La consolidación de una “democracia protegida” necesita, además de reglas y normas, la mediación de un sistema de partidos que sea compatible con la despolitización que el tipo de Estado busca inducir. En la “democracia protegida” el sistema de partidos debe ayudar a legitimar heterodoxas respuestas institucionales a dos problemas: el de la incertidumbre y el del carácter limitado de las decisiones.

El carácter limitado de la capacidad decisoria genera una incertidumbre que debe estar institucionalmente resuelta, porque un electorado de masas es por definición tornadizo, voluble, fácilmente contaminable por la presión o el halago, fácil, pasto de intereses particulares. El papel de tutela de las FF.AA. cumple esa función y se funda sobre el principio supremo de la subordinación de la política a la economía, sobre el acoplamiento necesario de Estado y mercado. Esa tutela está instituida para el caso que la mudable voluntad de un electorado de masas pudiera decidir sin restricciones sobre todos los fines que se ha asignado la sociedad.

Esta visión pesimista sobre la deliberación democrática respecto de los fines-valores de una sociedad, siempre esgrime para justificarse el ejemplo de la fascinación de las masas por el fascismo. Es verdad, que lo ilimitado genera riesgos, entre ellos que una mayoría apruebe leyes racistas. Pero hay que optar entre ese riesgo y el del enfriamiento de la política, que es la preparación de su muerte. El enfriamiento de la política es la consecuencia de las neodemocracias o “democracias protegidas”.

Al contrario de lo que se piensa, tanta moderación obligatoria le hace mal al sistema de partidos. Primero porque no entusiasma, segundo porque tanto acuerdo no es creíble, tercero porque hay demasiada redundancia, poca identidad de las fuerzas en competencia. Ante un sistema tan homogéneo, en el cual detrás de las etiquetas están los mismos contenidos, la política parece ociosa. Como antes se dijo: irrelevante.

6. ¿Qué alternativas?

Fines petrificados, “geológicos”, combinados con políticas tecnocráticas. El resultado es la irrelevancia de la política, el tedio. Especialmente es el tedio para quienes intenten seguir planteando alternativas en las alturas, sin considerar el espesor de la ahistoricidad. Este espesor es el de un glaciar.

La verosimilitud de las alternativas políticas dependen de condiciones, no del voluntarismo obstinado. Tiene que deshacerse el espesor del iceberg. El triunfo de Chile tiene que dar paso a la melancolía de constatar la discontinuidad del progreso, para que se vuelva reflexiva la soberbia triunfalista de las elites y de la parte de las masas engolosinadas con el consumo.

Es necesario que se decanten las experiencias de la sociedad, que se supere este largo período de sorpresa por la feliz convivencia entre una sociedad neoliberal y un

bloque gobernante socialcristiano-socialdemócrata. Debe pasar el tiempo para que se comprenda que la crisis de la política es la resultante de una crisis larvada de la sociedad, ya que crecimiento económico no es lo mismo que desarrollo. Por no ser lo mismo, este crecimiento sin disfuncionalidades que pueden minar la propia estabilidad del crecimiento y que van creando condiciones para climas culturales nuevos. No debe pensarse, de manera tradicional, en la germinación de una crisis que llevaría a una efervescencia terminal. Pero sí hay que mirar con atención la decepción.

No hay, por supuesto, sociedades ahistóricas, lo que hay son atmósferas ideológicas de ahistoricidad cimentadas en elites dirigentes que logran mantener en un nivel nominal el rango de la alternancia política. Los cambios gubernamentales no transforman las cosas demasiado porque, como es el caso del Chile Actual, se ha instaurado un consenso neoliberal. Pero eso no significa que en otros niveles no exista historicidad.

De hecho en una sociedad de apariencia petrificada, porque lo está en “las alturas”, puede estar ocurriendo “una renovación de la sociedad por renovación de su tejido celular”⁵⁹. Esta idea ha sido retomada de los clásicos socialistas utópicos por Guattari, con su noción de “revoluciones moleculares” y por Foucault con su noción de “acciones sectoriales”. En ambos existe una reivindicación de lo localizado por oposición a lo total inalcanzable.

Aún cuando la historicidad global aparece congelada, hay por debajo un oscuro y lento trabajo de reconstrucción del tejido social, de constitución de sujetos. Incluso puede decirse que el peso de la actual neblina histórica indica la necesidad de buscar en el nivel de lo local un espacio de rehistorización molecular. Como dice Buber, retomando una idea de Kropotkin: “...considero que la suerte del género humano depende de la posibilidad de que la comuna renazca de las aguas y del espíritu de la inminente transformación de la sociedad”⁶⁰.

Las ideas de Kropotkin, que Buber y otros como Fromm retoman, no guardan relación con la obsesión de los neoliberales por recluir la política en el ámbito local del municipio. Estos últimos culminan allí la castración de la ciudadanía “tradicional”: en vista de que las finalidades globales están instaladas para siempre, se crea una “ciudadanía week-end” a través de la cual se puede incidir en las cuestiones que afectan a la vida local, sin –por supuesto– elevar la vista más allá. Se internaliza la idea de que es inútil y es angustiante ir más allá, ya que sólo se encuentra en esa búsqueda la distancia y la nada que separa al ciudadano común del Estado.

Esta perspectiva del “ciudadano week-end” no tiene relación ninguna con la idea de una “renovación de la sociedad por renovación del tejido social”. Peso al biologismo de la metáfora, esa orientación busca la recreación de sujetos que desde la particularidad, o sea desde su condición vivida y racionalizada, “trabajada”, se autoproduzcan como mediadores entre lo particular y una universalidad histórica, se hagan capaces de ir creando progresivamente condiciones de globalización de su experiencia “comunal” o, para usar otro lenguaje, “consejista”.

Hay allí una forma fructífera y no cupular de pensar las alternativas de historicidad⁶¹. En ella hay que poner atención. El aire de las alturas tiene poco oxígeno.

⁵⁹ BUBER, Martín: *Caminos de...*, op. cit., p.6.

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 199.

⁶¹ Esa es la perspectiva que ha desarrollado Gabriel Salazar en algunos de sus trabajos. Ver especialmente SALAZAR, Gabriel: “Municipio popular y construcción del Estado. El pensamiento de L. E. Recabarren”, en *Revista de Sociología* N° 6, Santiago, Chile, 1995. También “Tendencias transliberales del movimiento ciudadano en Chile (1973-1996). Apuntes para una teoría del cambio histórico”, Mimeo, Santiago, Chile, 1996.